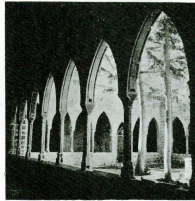


EL TURISTA Y EL PEREGRINO

POE
FRANCISCO GONZÁLEZ CIRER



El turismo ha hermanado en un mismo afán de rapidez a los caminos y a los monumentos y museos. Ninguna ciudad engaña la curiosidad de lente fotográfica de estos viajeros actuales.

Goethe, peregrino de reposado mirar en la Italia escaloniente del setecientos, no comprendería a los caballeros andantes del Renault, el Volkswagen, la marca americana y la matrícula remota, perforando paisajes con la atención inatenta por las tres cifras de la velocidad.

El quieto atardecer en los prados sin voz, la luz aprisionada en los cristales del aire o la soledad vertical de los montes, siguen vírgenes de miradas forasteras en esta aventura de kilómetros sin dulzura.

En la catedral, en la colección de arte, les espera el complemento del guía, que salmodia sin emoción fechas, nombres y anécdotas, nuevo retablo de las maravillas para almas bobas.

En lo físico o en lo biológico debe existir alguna ley que regule los movimientos de esta masa de seres sin impulso propio, obedientes en su admiración al nombre de fama o la fecha lejana. Nunca saldrán la callada lección de la piedra envejecida, aromada de estilos, que exige la visita respetuosa y la atención sin descenso.

Son turistas solamente, esquivados al anhelo del peregrino, que se busca a sí mismo en una geografía orientada por constelaciones, donde el monte es penoso, los árboles crecen en sombra para el descanso y el río predica el peligro con su anchura.

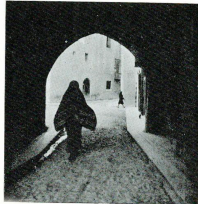
Al romero medieval, que enhebraba en el hilo palpitante de la caridad las gentes extrañas y los usos desconocidos, le esperaba, en el límite de su andar, el socorro celeste del Señor Santiago o el abrazo de perdón de un Papa.

El Renacimiento dió cosecha apretada de viajeros vencedores de las viejas cartas geográficas, con la «Imago Mundi» arropada en fabulas, y de artistas generosos de aquel ideal humanístico que el maestro Masaccio explicara, solo línea y color, en la capilla Brancacci del Gornice florentino. Y en la valija de la «Serenísima», junto al duro realismo del informe diplomático de Andrea Navagiero, se encendía la suavidad del endecasílabo.

Si el siglo XVIII crió viajeros eruditos, amantes del lenguaje sincopado de los pergaminos, con partes de España Sagrada e Historias Críticas, el Romanticismo deramó sobre los caminos del novecientos, fragorosos de luchas civiles y revueltas, la pasión por los viejos estilos. En las arquitecturas antiguadas del dibujante Parcería o en las lánguidas formas reptantes de Pérez Villamil se oye la misma obolud de Gustavo A. Becquer.

El viajero de hoy es diferente. Al turista le acusa el calendario, le preocupa el carburador o el freno, le persigue el ballet de los cambios. Le ha brotado al campo como un insecto nuevo, nacido del asfalto, devorador de postales y kilómetros.

Entre partir y volver, queda escaso tiempo a la sonda de la mirada para penetrar en las cosas y no existe el minuto de la meditación sosegada.



No importa. La corona arquitectura de las catedrales y palacios se mantiene paciente a la espera del peregrino nuevo. Las ojivas en huida, el esplendor de auto sacramental de las fachadas, la sedimentada quietud de los patios, los retablos hiviotes y el documento presto al diálogo, aguardan a quien sepa llegar a ellos y entender su clave.

En Tortosa, como en otras ciudades, si el trabajo inmoviliza o la carrera impide el viaje, nos queda mejor empresa: peregrinar la tierra en que vivimos.

Honderos de la mirada desde el roquedal de la Zoda, fácil la memoria a la caricia del pretérito, buscando en la penumbra del testimonio histórico el impulso que derribó las castas y los poderes del pasado, hombres balbucientes en la belleza que resiste los cambios, serán entonces, los tortosinos, romeros de su casa y de su templo, contrarios al reloj, persiguiendo el ser y el obrar de sus antecesores en este valle del viento desatado y la dorada bruma, de la huerta húmeda y el garrijal reseco.

¿Qué hombre de recto pensar no abunda en su origen y otea su destino?

La palabra que puede convertirse en socorro de hodiernas inquietudes está aquí, en el conjunto monumental de las edificaciones envejecidas y en el débil cuerpo de los documentos amarillos.

Así, en el mudo silencio del claustro catedralicio, callada la piedra apuntada, olvidados del aire los cedros, tartamudeantes los escudos fenecidos y las inscripciones latinas por la herida de los años, vuelve a nosotros todo lo que fué.

Pero si una curiosidad epidémica te llevara, tortosino, junto a estas arquitecturas en piedra o letras, mejor que no vayas, mires o inquietes, pues sólo existe para estos cuerpos ancianos una afrenta mayor que la del turista insensible en tierra ajena: la de serlo en la propia.

